

jada de este medio solo propicio para la mala yerba. Las fuertes emanaciones de esta planta contrastaban con el aroma del bendito zahumerio y su gallardía literaria era un reto para las viejas literatas de esta tierra sembradoras de virtud y de moral.

La brava tierra mejicana acogerá a Blanca Luz como ella lo merece. Su salvaje cabellera, desafío del viento, su voz, clarinada de guerra, sus brazos, dos banderas ondeando en el aire; toda su figura de heroína del futuro encuadra bien en esa tierra de rebelión y de grandes y futuras reivindicaciones, pese al licenciado Portel Gil y a su pacto con la Iglesia.

Las mujeres de América, las que no llevamos sobre los hombros el yugo de la religión ni de la moral burguesas, vemos en Blanca Luz a la mujer de lucha que, mediante el estudio y la preparación, ha de ayudar a conquistar los derechos por los que estamos luchando las mujeres de este Continente.

Repito que Blanca Luz lleva en sí todas las fuerzas: las del talento, la belleza y la simpatía. Como poetisa y como mujer, sabrá ganar grandes triunfos para la causa a la que se ha consagrado. Militante de las primeras filas—cuando ya esté perfectamente preparada—está llamada a un gran papel en los días álgidos que se avecinan.

Pequeña Blanca Luz, grande hasta en tus defectos: las que te conocemos y te comprendemos, las que creemos y esperamos en tí, te animamos desde aquí con todo el entusiasmo de que somos capaces y te decimos estas dos palabras: estudia y lucha. Creemos en la siembra de tu mano y esperamos las flores rojas del futuro para los arcos del triunfo de los ejércitos de mañana.

Angela RAMOS

C I N E M A

NOTAS SOBRE ALGUNOS FILMS

La última orden.—A fuerza de estudio y de habilidad, Emil Jannings—tan gran actor en "Varieté" y en "El camino de la carne"—nos dá en "La Última Orden" un personaje amanerado y sin vida, bajo su aparente naturalidad. Porque Jannings logra en el primer momento ofrecer una impresión de espontaneidad y sencillez. Pero esta impresión se borra, en seguida, y no vemos más que al comediante—prodigioso, por cierto—cuyo gesto más insignificante es fruto del estudio. Y—dejando aparte la labor de Jannings—la cinta es un melodrama, sin relieve, y, lo que es peor, nada cinematográfico. Las muchedumbres, mal agrupadas, pretenden expresar sus sentimientos—la ira, la fiera—con muecas y gestos grotescos. Y el final—esa bandera agitada por Jannings—es de una teatralidad de mal gusto. Esto de los príncipes y generales rusos, víctimas de la revolución, es un tema explotado hasta la saciedad, que solamente puede interesarnos mediante un arte de muy buena ley. Y los "metteurs en scène" de Hollywood no se distinguen ni por su originalidad, ni por su probidad artística.

Buenos días, señor Juez.—Esta es una pequeña comedia—de esas que saben hacer los americanos; en cambio no aciertan ni con la película histórica, ni con el drama—de ritmo vivo, de una alegría sana y fina, con sus ribetes de sentimentalismo, que se mezcla ingeniosamente a la sátira. (Porque esta historieta sin pretensiones logra satirizar a cierta especie de damas dedicadas ciegamente a la filantropía). Reginald Denny, el inteligente cómico inglés, está muy bien en su rol de enamorado, dispuesto a aceptar todas las situaciones, por estar cerca de la muchacha de sus ensueños. Con él trabaja otro actor—cuyo nombre no recuerdo—tan inteligente, tan so-